

original con su correspondiente traducción al inglés y aparato crítico y, en la mayoría de los casos, una fotografía o dibujo de las piezas.

*The inscriptions of Dodona and a New History of Molossia* es, en definitiva, una obra de gran calidad, que demuestra la habilidad y conocimiento de Elizabeth A. Meyer en el campo de la Historia Antigua del Epiro y en la Epigrafía. Siempre apoyándose en una sólida base argumental científica, ha llevado a cabo lo que en cierto modo constituye un cambio de paradigma en el estudio de una región de gran complejidad que con el paso de los años aumenta el interés del mundo académico. Hace ver al lector, además, que no todo está escrito, y que siempre es posible aportar nuevas interpretaciones, o incluso importantes modificaciones, sobre aspectos aparentemente inamovibles.

Diego CHAPINAL HERAS

Universidad Complutense de Madrid  
chapinalheras@gmail.com

Carl H. LYTTKENS, *Economic Analysis of Institutional Change in Ancient Greece. Politics, Taxation and Rational Behaviour*, London–New York, Routledge, 2013, 188 pp. [ISBN: 978-0-415-63016-0 (hbk). 978-0-203-07763-4 (ebk)].

El autor de esta sugerente monografía, Carl Hampus Lyttkens, es un economista, y no un historiador, profesor de economía en la Universidad de Lund y adscrito a la NIE. La denominada Nueva Economía Institucional es una corriente cuya virtud, en aplicación al campo de la Historia Antigua, es la de querer superar la tradicional dicotomía entre sustantivismo y formalismo. Basándose en los más recientes estudios que avalan el precoz desarrollo de la economía de mercado en Grecia, Lyttkens sostiene que la monetarización fraccional temprana, la especialización de la producción y la tasación del comercio son los indicios más claros de la existencia en Grecia de un mercado autónomo; y, sobre esa base, se dispone a analizar en qué medida las relaciones económicas condicionan los cambios institucionales, o estos favorecen los avances económicos.

A diferencia de la tendencia, general en los historiadores, a fijar la atención en las cuestiones de detalle, Lyttkens anuncia su propósito de realizar una aproximación estructural a los cambios políticos; y, sumándose a los que rechazan el supuesto de que las reformas que condujeron hacia la democracia estuvieran motivados por las ideas previas acerca de una supuesta forma de gobierno popular, o por una teoría política, inexistente en el s. VI a.C., indaga tanto los intereses individuales detrás de las reformas, como los efectos no perseguidos que esos cambios originarían.

Rechazada la hipótesis de que sean las ideas las que movilizaran a unos supuestos e inexistentes demócratas, Lyttkens apunta como motor de los cambios a la competición por el poder entre individuos de la elite socio-política. Evitar la aparición

de un tirano que se apoyara en las clases medias de campesinos sería el motivo que persuadiría a la elite de la oportunidad de institucionalizar el poder y las normas. Y, una vez establecidas las condiciones de acceso a los cargos, los privilegios quedaron asociados a la pertenencia a grupos delimitados, y el *agón* de la elite se canalizó por vías definidas. ¿Por qué, en suma, fue aceptado tanto tiempo el gobierno aristocrático por las clases productoras? La respuesta es sencilla, seguramente porque la presión económica sobre ellas no era abiertamente depredadora, y porque el estilo de guerra (el combate hoplítico) aseguraba la no destrucción de la riqueza acumulada, especialmente, en el agro.

Expuestas las condiciones de la evolución político-económica durante el arcaísmo, Lyttkens dedica los capítulos centrales (4º y 5º) a la evolución democrática de Atenas a través, especialmente, de las figuras de Solón y Clístenes. Solón en la Atenas de principios del s. VI a.C. se habría enfrentado a una situación potencialmente revolucionaria (la amenaza de tiranía) apelando a la preservación del dominio aristocrático. Con sus reformas, pues, pretendería reducir el desafecto hacia la aristocracia. La timocracia tendría por fin posibilitar la asimilación en la elite de los nuevos ricos, y conjurar así su potencial tiránico; pero esa inclusión se produciría con demasiada parsimonia. Solón también habría suprimido la posibilidad, introducida por Dracón, de vender como esclavos a los deudores insolventes; pero, con la “liberación de la carga”, desplazaría la garantía de los créditos hacia la tierra, con lo que seguramente las condiciones de los préstamos empeoraron; por otro lado, algunos miembros de la elite se empobrecerían con estas medidas económicas. En esas condiciones, Pisístrato cosecharía apoyos entre los descontentos. Y, una vez en el poder, afrontó el problema económico tratando de desvincular a los pobres del clientelismo aristocrático, para lo que estableció créditos agrarios y jueces por demos. La tiranía tendría el efecto de hacer conscientes a los atenienses de la posibilidad de que las cosas fueran de otra manera. Así pues, la crisis de la tiranía la originó el avance persa y no la oposición popular. La pérdida de las posesiones pisistrátidas en Tracia haría imposible invertir en la mejora naval, adoptando la nueva nave de guerra, la trirreme. Puesto que la tiranía aceptó el apoyo político de los de origen no claro, a su caída, los aristócratas pretenderían de nuevo una limpieza en la lista de ciudadanos.

Clístenes, en la fase inmediatamente posterior, incapaz de vencer en las elecciones regulares a su rival Iságoras, daría un giro inesperado al conflicto interno de la elite. De una manera irreflexiva, pues, el Alcmeónida convirtió al pueblo en el factor decisivo en las disputas por el poder; y, para ganarse ese respaldo, prometería hacer de los demos el órgano de decisión acerca de la pertenencia a la ciudadanía, quebrando con ello otro de los ámbitos de monopolio aristocrático. Ni Solón, ni Clístenes pretendían, pues, la democracia, aunque a medio plazo algunas de sus medidas tuvieran efectos democratizadores.

Por ejemplo, es posible que la clasificación censitaria de los ciudadanos diera pie al hábito de la ostentación económica en beneficio popular: este es para Lyttkens el origen espontáneo de las liturgias. Debido a que la polis carecía de vías para establecer las rentas de los ciudadanos, el mejor modo de evidenciar el estatus era la generosidad pública. Y, en relación con el nuevo hábito implantado por Clístenes, a

partir de principios del s. V a.C., los dirigentes políticos tratarán de obtener el poder derrotando a los rivales en las asambleas, y para ello irán introduciendo medidas de gratificación como el *misthós*. Algo semejante ocurre con el mecanismo, cien por cien democrático, del sorteo. Propone Lyttkens que su origen haya estado de nuevo en la autorregulación de la elite. No cree que una medida que afectaba a los arcontes, que en 487 a.C. eran miembros de las familias poderosas, se hubiera introducido sin la aprobación del Areópago. Con el sorteo, el Areópago pretendería limitar la conflictividad en el seno de la Cámara.

El capítulo 6, dedicado a un análisis de los impuestos de la democracia, evidencia, por un lado, el alcance de esta práctica, y, por otro, el elevado nivel de actividad económica en los siglos V y IV a.C. Nuestro autor saca conclusiones de la nula burocratización de la tarea del cobro de impuestos. Esta función se entregaba a arrendatarios públicos o a ciudadanos selectos que recaudaban entre sus iguales. Y Lyttkens remite a una explicación previsible: la asamblea sería reacia a propiciar la formación de una casta de burócratas, expertos en técnicas recaudatorias y administrativas. Contradictoriamente, sin embargo, subraya que los cambios del s. IV a.C. (p. 115) supondrían una pérdida del control democrático en beneficio de órganos de la administración financiera controlados por la elite social. Hay que decir que, para él, este cambio sería producto de acuerdos tácitos entre ricos y pobres, para evitar nuevas intentonas golpistas. En este ámbito, se echa en falta una mayor precisión ya que parece que Lyttkens se refiera a un control supuestamente ejercido por el Areópago, órgano que en cualquier caso no tiene competencias en el terreno de los impuestos. También asume Lyttkens que la introducción de los *proeisphérontes* evitaría los excesos de los pobres a la hora de imponer la tasa de la *eisphorá*. Sin embargo, los Trescientos se limitaban a adelantar la cantidad del impuesto de guerra, el cual era decidido por la asamblea.

En los últimos capítulos son atractivas las reflexiones de Lyttkens sobre los equilibrios establecidos entre elite y pueblo, y sobre los acuerdos implícitos que evitaban que el poder popular se convirtiera en extorsión económica o abuso judicial en contra de los ricos. El respeto general hacia la propiedad privada y los contratos, entre otras cosas, hacen concluir a Lyttkens que las ventajas de un sistema institucional dúctil se reflejaron en Atenas en la estabilidad y éxito de la democracia.

Laura SANCHO ROCHER  
Universidad de Zaragoza  
lsancho@unizar.es